



*Fuimos imaginados como un sueño
con un destino azul y sin fronteras.*

Pedro Felipe Granados

I

Como un mosaico
esparcen sus piezas por llanuras
más allá del horizonte,
ensamblan lenguas
bajo el nítido esplendor de las estrellas.

No eran filósofos.
Tomaron posiciones
para lanzarse a la conquista del mundo,
oleadas de hombres y mujeres,
todo un mar de rostros
llegan a mis ojos desde entonces.

Ahora
sé que broté de los ancestros
de aquel rompecabezas,
sombras lejanas de homínidos enjutos
echaron a andar sobre la tierra.
Vertebraron vocablos,
armaron estrategias
para sobrevivir a un caos intensísimo.

Desde el corazón de África
a mis raíces extraviadas,
han quedado huellas
en el largo pasillo de un túnel
sin fondo
en el silencio desierto de la tarde.
Siglos, milenios de salvajismo,
barbarie
y civilizaciones en la frescura
del alba
pasaron arrasando primaveras,
crearon dioses
a su medida exacta,
levantaron tótems
a deidades de poca solvencia.

Huellas en el barro

Forrajeros ancianos
quemaron etapas lentísimas,
crearon jerarquías
y otros artilugios
en su huída a no se donde...
y dejaron de ser felices en la urbe,
enterraron consigo ajuares valiosísimos
y con ellos su soberbia.

Se han desmoronado algunos muros,
otros, elevaron su estatura
en ese tráfico de almas insufribles
para no perpetuar las fronteras del hambre.
Después de tanto estruendo
¿hacia donde enhebraré mi creencia?

Nada se ha parado,
prosiguieron su marcha de emociones
con cuchillo de silex
o ametralladora de mira telescópica.
¡Quién sabe
por que echaron a andar sus vestidos ligeros!
En todas las estaciones
dejaron su tarjeta de visita;
han bebido del mar, del tiempo,
y atascaron sus palabras
en mis sienes
para iluminar los recuerdos
en las horas calladas de la historia.

II

Porque sus pasos
y la poesía de su verbo desgastado
no reconoce los cercos
ni demarcaciones,
y saben de la perversidad de los límites
físicos,
se adentran en espacios inexplorados.

Los lanzó contra la luz
el dolor disfrazado de si mismos.
Han desertado los dioses de sus patrias,
menguado la silueta
de sus asombras
y atraviesan
-como estrellas fugaces-
desiertos, donde hacen acopio de silencios.

No tienen rostro,
vienen sin nombre, a cuestras del miedo
jugando en soledad contra la nada.

Huellas en el barro



Huellas en el barro

III

Dicen
que su piel presenta
una pigmentación extraña a nuestros ojos.
Sus ojos
distintos a los nuestros;
su verbo
ininteligible,
sus costumbres,
impropias de una cultura de éste tiempo.

En el espacio, apenas entre ambos,
veo las urgencias que arrastra desde antaño,
que abrió sus ojos a la esperanza,
deshoja tristezas lentamente;
por sus venas
el incesante vaho de la sangre
fluye como rosas desnudas en el aire.

Sus pies
pisan una tierra común
de la que tampoco soy dueño,
y bebe un agua dura
de la inhóspita llanura del olvido.

Son quienes fuimos,
-no puedo olvidarlo-
un tránsito herido por las horas
en los largos corredores de la historia.

IV

Vino sin nombre,
sin palabras, por arrabales huido,
con la espuma de las olas,
trazos salados secan sus lamentos,
la velocidad del silencio
y una muy doliente nostalgia en los talones.

Vino sin nombre
con la sal en los labios
y la sed reseca
mientras las horas se desploman
sin paisajes que añadir
a la retina de aquellos ojos arrasados.

Vino sin nombre, sin aliento;
se confundió un vocabulario desusado,
ajeno
al tenaz parpadeo de los astros
para habitar
las últimas esquinas
que rediman sus páginas vacías.

V

En cada travesía,
un sueño parpadea en el mástil del alma,
los ojos de la historia
vacía en sus encrucijadas
efímeros latidos,
rostros anónimos que cruzan sus miradas,
el polvo de sus sandalias
y el sudor caminante
en el silencio atroz del desencuentro.

Todos:
materia,
polvo
y esperanza
corremos con la locura prendida
de las sienas
hasta vestirnos, el día habilitado,
con un sudario frío
para el encuentro último.

Huellas en el barro



Huellas en el barro

VI

Las noches diseñan estrategias
para ocultar quienes fuimos
-si es que fuimos-
quedan marcas, apenas si se notan,
imperceptibles signos
del transcurrir de la historia.
El tiempo decomisa la lucidez
de rostros afilados y decrepitos,
mientras la lluvia borra los caminos
de tantos metatarsos en hilera.
Vamos y venimos
con la prisa precisa
tropezando con la nada
para ser en adelante,
pájaros que cruzamos en bandada
los sueños que ocupan el descanso.

VII

Quedan vestigios
en el frío silencio de restos arqueológicos,
en las espumas saladas
de algún pecio olvidado en el fango,
ese envoltorio de voces
que aguarda convaleciente sus heridas.

Pinturas rupestres en refugios,
esquemáticas danzas rituales
o la policromía de uros y bisontes
se empaparon de óxido y de agua
para expresar la sangre y sus misterios.

Allí quedó la voz
en la edad de la tierra,
generaciones gastadas y lluvias plomizas
hasta que vino Dios un día
a inspeccionar la derrota del tiempo.

Fue esa sangre
la que fluyó con fuerza,
bocanadas de vida se expandieron
con sus gritos,
detonaciones de ayees,
mas, al fin
cruzaron como pájaros planicies y páramos.

VIII

Entre el milagro de la vida
y el drama de la muerte,
una eclosión de símbolos
en el largo camino
trasvasa lenguas,
gestos, emociones...
voces diferentes se ponen en marcha
como música callada en sus labios
antiguos,
brotan sonidos oclusivos,
fricativos,
bilabiales,
o labiodentales.

Surgen fonemas cual tréboles sonoros
en la jurisdicción sagrada del verbo.

Miles de años ensayando vocablos
entregándose a la luz de cada instante;
y ahora, que recojo yo el testigo
no sé expresar
las mil modulaciones del silencio.

Huellas en el barro